

Daniel de la Vega

No parece tan lejano Daniel de la Vega cuando se recuerda el centenario de su nacimiento. Sus columnas siguen apareciendo en el diario en el que trabajó por largos años. Están fechadas en 1937 ó 1942, pero no importa ese detalle. Sus lectores de hoy las siguen con igual devoción que en el pasado.

Era un hombre huesudo, alto, de ojos celestes y tristes, de indispensable pipa. Vivió con Pedro Sienna y Rafael Frontaura una bohemia juvenil que tenía sus picadas en la calle Eleuterio Ramírez antes del año 20. Venía de Quilpué, una ciudad pequeña que aparece mencionada mil veces en sus escritos.

Es una gloria de la vieja guardia del periodismo chileno. Sus pequeñas crónicas están más allá del tiempo. Se puede sacudir el polvo de cualquiera de ellas y no pierden actualidad. Se refieren a todo y a nada. Están envueltas en un estilo rápido, sabroso, en destellos de ideas, emociones, impresiones, recuerdos. Condensan en un par de líneas una particular sonrisa. No hay en ellas ni la sombra de la menor pedantería y ninguna concesión al mal gusto. Sólo humor suave o resurrección colorida de cosas pequeñas: una esquina, una tertulia, un paisaje, los ruidos de una calle, las cartas de un amigo, las ocurrencias de un caballero respetable o de una señora en tren filosófico.

Escribió sin parar todos los días. La carrera hacia la eternidad de Daniel de la Vega empezó en 1912 en la revista *Zig-Zag* en el periodismo que es el más precedente de los géneros. Y siguió en *El Mercurio* donde ingresó en 1923 para no salir más de allí.



Sus temas eran inagotables. Estuvo frente a su máquina de escribir hasta el día de su muerte, en julio de 1971, cuando un paro cardíaco le impidió levantarse de su lecho en su pequeña casa de la calle Pablo Burchard, de la Villa Santa Elena.

Lo paradójico es que lo permanente de Daniel de la Vega es el oficio periodístico, que eligió al comienzo sólo como una forma de ganarse la vida. Obtuvo todos los premios nacionales: el de Teatro, Periodismo, Literatura. Pero casi nada de su poesía, su teatro, sus novelas, sus ensayos son rescatables hoy. Era un romántico de viejo cuño, un heredero del antiguo teatro español y de la poesía de Espronceda o Amado Nervo. En 1913 obtuvo un éxito teatral espectacular con su obra *El bordado inconcluso* que conmovió a multitudes de espectadores en el Teatro Palace de la calle Huérfanos al lado de la gran tienda Gath y Chaves recién inaugurada.

Quería decir que el bordado que no se concluye jamás es la vida misma. Fue entonces un ídolo. Tenía apenas 21 años. Después fue el autor favorito de la compañía de revistas de las mexicanas Hermanas Arozamena. Publicó en esos años de gloria numerosos tomos de prosa y poesía. Todo fue olvidado ¿Alguien ha leído *Cain*, *Abel y una mujer*, *La luna enemiga*, *El amor eterno dura tres meses*? El tiempo es un crítico destructor.

En los últimos años miraba al mundo desde su casa con escepticismo. Y desde allí registró la crónica que no todos reportean. En Daniel de la Vega nos reflejamos los que morimos al día siguiente de la publicación de nuestras carillas.